POEMAS INÉDITOS DE

ANTONIO COLINAS

JAIME SILES

ANTONIO LUCAS

I

LA MADRE DE TODAS LAS FOSAS

Dicen que la Madre de Todas las Fosas
se encuentra al otro lado del océano,
cerca de una frontera y de un muro metálico,
aunque puede hallarse también en otros sitios.

Junto a ella duerme un sueño de esperanza
la desesperación de muchos hombres
y mujeres que huyen
de la ciudad-infierno:
del acoso, el disparo, el hambre y la sed.
A veces éstas llevan, con la bala
que les quitó la vida,
un hijo en su vientre;
o, cruzando el desierto por la noche,
tienen al hijo vivo abrazado
al miedo de sus rostros.
La muerte no es la vida que soñaron.

¡Son ya tantas las quejas, tantas
esas declaraciones que a nada comprometen,
tantas las fotos, tantas las palabras
sobre la integración y las riquezas
del ilusorio paraíso, donde
los cuerpos pueden ser
materia de mercado,
o perder lo más grave
(el alma) habitando una chabola
con su televisor, bajo un cielo gris
plagado de antenas.

Aún no sabemos que la solución
puede hallarse en la raíz del ser,
allí donde el ser acarició la tierra
que daba frutos,
besó la leña que le daba el fuego,
la piedra que fue ara,
y respiró la paz
en la luz.
Por ello, llevad el agua a sus pozos secos,
devolvedle el agua a cada manantial,
que regrese el verdor a sus cultivos
y al monte sus rebaños.
Ofrecedles el pan de su maíz,
el vino de su viña,
la sombra de aquel árbol de su puerta,
su mesa de madera y el descanso
de su cama con sábanas de estrellas.

Dejad que el ser que huye
pueda seguir sembrando en su tierra.
Dejad a esa mujer
(que hasta el nombre ha perdido)
que pueda llevar flores a la tumba
sin flores de su madre
y no que ella duerma para siempre
en el olvido
de la Madre de Todas las Fosas.

II

ARMUZ

Pequeña
constelación
caída del cielo.
Racimo
de lágrimas heladas
en el útero
de un monte olvidado.
Negra ladera silente
en donde vienen a dormir
las rocas vivas y las fuentes muertas,
el otoño de los álamos,
la inocencia de los corzos,
sus ojos con espanto de disparos.

En la noche sin luna
me llamas,
madriguera del lobo sonámbulo.
Camino hacia ti por sendero invisible,
pero han venido a guiarme
luminarias de otros mundos.
A sus lágrimas mudas
entregaré mis lágrimas
de felicidad.

Pequeña
constelación
caída del cielo,
camino en la noche
hacia tu infinitud.
Camino en la noche
hacia la infinitud.

III

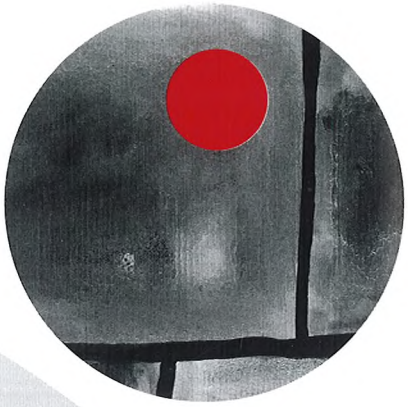
LLAMAS EN LA MORADA

Morada, centro de mi ser
en llamas:
me has llamado y he acudido.
Aquí estoy devolviéndote
cuanto me diste.

Te devuelvo lo más sagrado:
mi infancia, las escasas
palabras del poema,
ese misterio transformado en música.
Te devuelvo
el pico amarillo del mirlo,
la piedra negra con su musgo verde,
las viñas adormecidas
por la helada,
el milagro de la mujer,
el vuelo en la noche de la lechuza blanca,
el ruiseñor ausente.

Me has llamado
y he acudido con este cuaderno,
con este poco
de música,
con estas brasas de las palabras últimas.
Don que me diste,
ofrenda que te entrego,
aunque mía no sea.

Me das este desvelo, este silencio
que sana
y que tan sólo es tuyo,
y que tan sólo es mío
en lo secreto
de esta soledad de poniente
poblada de abismos
maravillosos.



I

APOTEOSIS DE CARLOS EDMUNDO DE ORY

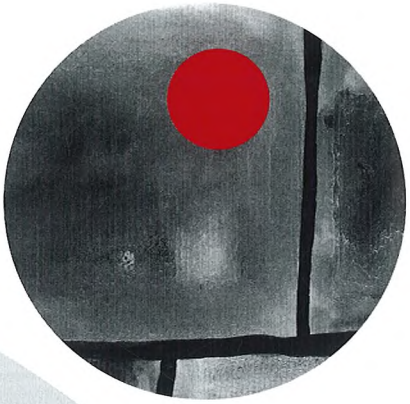
A Carlos Edmundo de Ory,
andaluz y chino, lo vi
en un paréntesis cordobés
en el ángulo de un día
nublado para siempre-
el bigote, el sombrero,
el mechón sacudido
inundando su frente,
azabache en el agua,
velazqueño lo recuerdo
embozado en su muerte.

Al poeta postista
de sonidos silvestres,
de sonetos de humo
y de estrofas de fuentes
que de joven leí
apasionadamente
lo tañen las campanas
de Amiens, dulcemente
lo tiñen las vidrieras
de luz incandescente-

nenúfares y olas,
palmeras y ponientes,
equinoccios y espumas,
mareas y rompientes
lo tiñen y lo tañen
las sirenas terrestres,
clavicémbalos, grúas,
poleas de polyester,
polipastos y émbolos,
arcángeles y ménades.
Nada suena en el cielo
que no suene en su mente.

Carlos Edmundo de Ory,
recibe este presente
no del viejo que soy,
sí del adolescente
que fui cuando leía
tu poesía, y tú
eras ya, como ahora,
un andaluz ausente.

Adiós, Carlos Edmundo,
Adiós desde el presente
de esta mañana en Cádiz
donde el gris oleaje
resucita tu muerte.



Adiós, Carlos Edmundo,
mientras deja el relente
mecidas en la orilla
las flores de tu frente-
racimos de poemas
de perlas esplendentes,
collares, diademas
flotando en la corriente
del único lenguaje
donde la luz del fondo
suena fosforescente
y hace de Ory oro
y de los aires, ejes
para que las palabras
sean incandescentes
y suban por la lluvia
y alcancen lo celeste.

Adiós, Carlos Edmundo,
Saludos. Hasta siempre.

II

MUJER CON PERRO

Mujer desconocida,
No sé qué luz
De nácar me ilumina
Cuando apareces tú
Miniada por un fondo
De perla casi azul
Que resbala en el tiempo
Como el yo en el tú.
Paseas por mi calle
Cerca de mi autobús
Un perro gris de escarcha
Inglés pero andaluz
Que tira de ti tanto
Que parece un obús
La correa en tu mano
Y, detrás de ella, tú,
Breve diosa surgida
Cerca de mi autobús
Cuando cada mañana
Mi paisaje eres tú.
Cuando vais por mi calle
Tu perro y tú,
Breves pasos de ave,
Breve son de bambú,
Percibo yo un instante
Vivido en Estambul
Y que rima con otros
De Zante o de Corfú.
Cuando vais por mi calle

Tu perro y tú
Las mañanas de invierno
Renuevan el azul
Y abren verdes vidrieras
En el aire y la luz.
Todo es de nácar fúlveo
Cerca de mi autobús
Cuando vais por mi calle
Tu perro y tú,
Rubia diosa entrevista
Sólo al trasluz,
Ninfa y gracia silvestre
Envuelta en tul.
La acera se estremece
Y el sol y yo y un
Zureo de palomas
Tiembla en algún
Árbol cerca del río
Como un alud
Cuando vais por mi calle
Cerca de mi autobús,
Tu perro casi perla,
Tu perro y tú.

III

APUNTE SEVILLANO

No era alto ni bajo.
Estaba de perfil
Bajo un sombrero negro
De fieltro o de dril.
La luz, ya muy escasa,
Hacía todo gris
el patio en el que estaba
La tarde en que lo vi.
En sombras vïoletas
Se abismaba el jardín
Y el tiempo tatuaba
Su invisible fluir.
Un doble fondo en eco
Surgía del tapiz
Tejido por la fuente
En sonidos de zinc.
Oscuros los naranjos,
Borrado ya el jazmín,
La noche en su silencio
Su voz dejaba oír.
Hablaba de Cernuda.
Era Fernando Ortiz.

I

BREVE HISTORIA DEL HOMBRE

Aquello que rodea estrepitosamente un lugar que nadie habita,
casi un bosque.
Allí donde un cuerpo es forma de paso, balanza sin medida,
jaula sobre lo impuro ensartando ritmos. Y es paz después de todo.

Oscuras sirenas en torno a la memoria,
bocinas y grisú hasta comunicarme. Húmedas manos.
Soñar es nada, clamó Ungaretti.
Traficar con labios y quincalla, con amor, minúsculos engaños
que cortan como un vino el pecho de lo hombres.

Drogados de lo necesario, dotados como animales de llanto,
de madre y enemigos,
aceptamos el destino de ser eco de sombra,
aceptamos el prestigio de ser
lo que no fuimos.

II

NOCTÁMBULOS

Sabemos que la noche existe
porque nunca conquistamos sus afueras.

Sabemos que la noche existe
porque es prehistoria de la luz,
portada del origen,
y no cabe en su asfalto una verdad tajante,
ni el lujo malvendido de las indecisiones.

Sabemos que la noche existe
porque la tarde cayó al suelo,
porque toda risa es previa a la cordura
y hay restos de niño bajo la piel de los charcos
y un agua de vida en las manos del ciego.

Sabemos que la noche existe
porque en ella el amor es predicado,
un tóxico cualquiera,
y van todas las bocas hambrientas sin saberlo,
cerrando cicatrices,
trazando sin temor un atlas de agonía,
despeñando entre los nombres su deseo.

Sabemos que sabemos de la noche
porque a cierta hora
uno acepta que sólo puede ser
el último eslabón de la pureza
o el sol de la derrota de sí mismo.

III

RILKE

Imaginaos la vida como si fuera esto. Exactamente lo que veis y lo que os duele. La misma sombra muda en cada hombre. El hielo. El fulgor de un sueño y su quebranto. El abrir los ojos y educarlos (sin pasión) a no entenderlo todo. Jamás darle a las cosas su significado exacto. Asumir desde el origen ya la muerte. La belleza con que ésta se disculpa. Sólo así la soledad cumple su ciclo y es un alto don irrenunciable. Mi soledad y yo. El color de mi orina. Las rosas feroces. Los deseos. Despertar en la noche con la infancia anegada bajo el portal del párpado y sentir que lo terrible es un momento entre dos nombres. Que todo éxtasis es un desván a destiempo del mundo. Es un rumor de flor que no se pudre. Yo quise escribir con el ansia del que llega a existir demasiado tarde. Escribir por no lastimarme. Por ser transparente. Anticipar mi extrañeza y después confirmarme en ella. Yo, Rainer María Rilke, mitad miseria, mitad maravilla. No saber vivir más allá de mí mismo: ésa fue mi conquista.

(Poemas pertenecientes al libro *Los desengaños*, Premio Loewe 2013, que se publicará en la Colección Visor en marzo de 2014)